

La fraternidad y la respuesta en la era de la globalización

*JOSÉ LUIS GRAUS**

No es preciso que nos hagamos eco de las paradojas e ironías del momento histórico que nos corresponde vivir. Pero queremos mostrar unas breves pinceladas que ubiquen lo que deseamos compartir.

Nuestro mundo, cada vez es menos plural, pero, por el contrario, está más polarizado. Cada vez hay menos ricos y mas pobres, cada vez la minoría de nuestro planeta consume (consumimos) más de lo que necesitamos, más de lo que podemos, impidiendo que otros puedan consumir lo necesario. Cada vez los extremismos religiosos de algunos están cobrando más auge, frente a la indiferencia religiosa de otros. Podemos saber lo que está sucediendo en cualquier parte del mundo en pocos segundos y nos cuesta días en poder generar cualquier intervención de ayuda que pueda ser repuesta real. Se habla de moneda única, de espacio único, de ejército único, de... frente a pluralidades amenazadoras de nuestra seguridad y comodidad.

Ahora nos es relativamente sencillo tomar conciencia de la realidad global de nuestro mundo; la información, no siempre en buen estado, viaja con rapidez de un punto a otro del planeta, eso nos ayuda a saber cómo van las cosas al otro lado. Ahora bien, es preciso dar un punto de calidad a todo lo que está sucediendo y estamos viviendo.

No es nuestra intención describir una realidad deprimida y derrotista, aunque pensamos que todo esto sucede. Si no ver de qué modo esta realidad puede ser transformada.

*Trabajador social. Miembro de la comunidad Escaguis.

La propuesta de la que formamos parte y da sentido a nuestra vida es la de la fraternidad universal o, quizás, ahora deberíamos llamarla la fraternidad global que tiene su origen en Jesús de Nazaret.

Somos conscientes de los límites y la devaluación sociocultural de términos tales como fraternidad o comunidad, pero no por ello entendemos que es una alternativa.

Las relaciones fraternas se sustentan sobre un sustrato afectivo que no siempre es efectivo. Por encima del capital, de activos financieros, de balances económicos, debería primar el mundo de lo afectivo; de saber y sentirse amado, reconocido, aceptado, comprendido, más allá de los límites personales. Nosotros los creyentes tenemos la referencia de un amor paternomaterno, inmenso, gratuito, incondicional, en nuestro buen Dios, y desde ahí somos capaces de entender la necesaria importancia de lo afectivo en las relaciones fraternas. Nos preguntamos una y otra vez cómo sería un mundo totalmente sustentado sobre una afectividad sana, promovida y promotora del crecimiento personal de todos y cada uno de los que poblamos el planeta.

Las relaciones fraternas nos animan a construir con otros. Nos obligan a levantar nuestra cabeza y mirar a los ojos, a la cara de los demás. A saber que para lo malo y para lo bueno, no estamos solos y que nuestra vida se entrelaza con la vida de hermanos y hermanas que caminamos junto en la dirección de un mundo mejor, más humano y justo, para todas las personas. Desde lo afectivo las personas superan el ser conocidas, amigas, compañeras, para convertirse en hermanas, para sentirse unidas por un vínculo, mayor incluso que el de la sangre, el vínculo del Amor, que lo puede todo, lo aguanta todo...

Las relaciones fraternas nos exigen que en el núcleo de nuestra dinámica común esté Dios, junto a las personas más desfavorecidas de nuestro mundo. Este es el criterio máximo de acción, de ejecución, de concreción.

No podemos generar unas relaciones fraternas donde queden excluidos los que ya están excluidos del resto de dinámicas habituales, sociales, económicas, familiares...

Estos tres rasgos, a la vez que fundamentales, pueden parecer muy genéricos y puede que hasta idílicos. Pero son los que sustentan nuestro proyecto fraterno, o al menos lo intentan cada día.

Una relación fraterna en lo cotidiano es una propuesta que cuestiona a los que la intentamos hacer realidad y a los que la perciben en la cercanía.

Cada vez son más las propuestas fraternas que van surgiendo y sus modos de concreción son múltiples; hay mucha riqueza y pluriformidad a la hora de hacer cotidiana esta propuesta. Lo más importante es que los criterios generales se hagan presentes de un modo u otro.

Ahora bien, nosotros entendemos que la propuesta se basa en ir generando núcleos de vida con un techo común, una oración común, una mesa común, una economía común, donde las relaciones de hermanas y hermanos están encaminadas a estar constantemente abiertas a las necesidades locales y universales que en nuestro momento histórico nos interpelan.

Núcleos de vida que están integrados en los procesos locales del resto de la gente, tratando de trabajar por un barrio mejor para todos y que a su vez el barrio tome conciencia de que es preciso trabajar por un mundo mejor.

Núcleos de vida que optan por una vida austera como medio para hacer más consciente el mundo de mujeres y hombres necesitados, y para promover la comunicación cristiana de bienes como elemento fundamental que erradique de un modo definitivo las desigualdades en el mundo.

Núcleos de vida que trabajan por una Iglesia Nueva, arraigada en las fuentes del Evangelio, de la Buena Noticia, para todos.

Lógicamente, si solo hay un núcleo de vida que en todo el mundo haga esto, la transformación global, que es lo que verdaderamente necesitamos, es difícil, pero si surgen, si se consolidan procesos personales que desembocan en proyectos fraternos por todas partes, creemos firmemente que sí es posible otra realidad.

Nuestro mundo y nuestra Iglesia precisan de experiencias fraternas, de comunidades que provoquen, que denuncien, pero sobre todo que amen y opten por todas las personas que se están quedando fuera de las dinámicas globalizadoras, por paradójico que parezca.